



Imaginando a los otros: Sexo, raza y poder en el turismo sexual transnacional

Megan Rivers-Moore¹

Instituto de Estudios sobre la Mujer
y el Género Universidad de Toronto
megan.riversmoore@gmail.com

Resumen

Aunque la mayoría de las investigaciones sobre la industria del turismo sexual se centran en las desigualdades, a menudo muy marcadas, que existen entre los turistas sexuales y las trabajadoras del sexo, hay una plétora de otros sujetos que participan en la complicada red de interacciones transnacionales que implican viajes y sexo. Este artículo se centra en las formas en que otros sujetos que pueden no estar realmente presentes en los espacios de turismo sexual son construidos y puestos en uso en el contexto del turismo sexual. El objetivo es explorar las formas en que los turistas sexuales y las trabajadoras del sexo imaginan e invocan a dos grupos específicos, los hombres costarricenses y las mujeres norteamericanas, para dar sentido a sus encuentros. El artículo se pregunta cómo estos otros imaginados están implicados en el turismo sexual y cómo se hacen presentes en formas que permiten el sexo comercial entre los turistas norteamericanos y las trabajadoras sexuales latinoamericanas en San José, Costa Rica. Argumento que para entender el turismo sexual es necesario observar las relaciones entre varios grupos sociales y no sólo entre los turistas sexuales y las trabajadoras sexuales, con el fin de comprender mejor las intensas complejidades de los encuentros del sexo transnacional y transaccional.

Introducción

Los hombres en Costa Rica, son muy machistas, y a las mujeres no les gustan los hombres de aquí. Les gustan los gringos² y demás. - Jack, turista sexual de setenta años de Florida

Los gringos vienen aquí porque les gustan las mujeres latinoamericanas, porque las norteamericanas son frías, gordas y feas. - Susan, trabajadora sexual de treinta años de San José

Las críticas a las formas en que los viajeros del norte global se desplazan por el mundo y su impacto en las economías y sociedades del sur global han hecho hincapié, con razón, en las profundas desigualdades en las que el turismo se basa y exacerba (Alexander 1998; Apostolopoulos, Sönmez y Timothy 2001; Cabezas 2008;

Carrier y Macleod 2005; Crick 1989; Dubinsky 1999; Kincaid 1988; Momsen 1994; Mowforth, Charlton y Munt 2008; Sheller 2003). Aunque todavía es un área de investigación relativamente nueva, ya existe un conjunto de publicaciones bien establecido que explora la dinámica específica del turismo sexual en una multitud de contextos en todo el mundo (Bishop y Robinson 1998; Brennan 2004a; Cheng 2010; Kempadoo 2004; Kibicho 2009; Law 2000; Lim 1998; Padilla 2007; Piscitelli 2007). Muchos de los factores profundamente problemáticos que se han debatido fructíferamente en relación con el turismo sexual, incluyendo las formas en que se reproducen y mantienen los patrones históricos de racismo, misoginia y poder colonial, son también aspectos que definen muchos otros tipos de encuentros turísticos, aunque en el caso del turismo sexual, los turistas no sólo están conquistando y penetrando en paisajes exóticos, sino también en los cuerpos de los locales.

La naturaleza encarnada del turismo sexual transnacional y la necesidad de considerar la "pegajosa materialidad de los encuentros prácticos" (Tsing 2005: 1) son quizás lo que ha hecho que la atención a las diferencias de raza, clase, género y nación entre los turistas sexuales y los trabajadores del sexo sea tan prominente en la literatura. Sin embargo, hay una plétora de otros sujetos que participan en la complicada red de interacciones transnacionales que implican los viajes y el sexo; de hecho, en el nivel más obvio, debemos reconocer el importante papel que desempeñan los taxistas, los propietarios de bares y hoteles, los operadores turísticos y las compañías aéreas, por poner sólo algunos ejemplos, a la hora de facilitar el turismo sexual y beneficiarse de él, directa e indirectamente. Si bien estos otros sujetos desempeñan un papel crucial en el sostenimiento de la economía política del turismo sexual, en este artículo me centro en las formas en que los otros imaginados, otros que pueden no estar físicamente presentes en los espacios del turismo sexual, son construidos y puestos en uso en el contexto del turismo sexual. Como demuestran los epígrafes que inician este artículo, los turistas sexuales y las trabajadoras del sexo imaginan e invocan a otros sujetos cuando dan sentido a sus encuentros, y el objetivo de este artículo es explorar las formas en que dos otros imaginados específicos, los hombres costarricenses y las mujeres norteamericanas, están implicados en

² Gringo es un término comúnmente utilizado para referirse a los ciudadanos estadounidenses en América Latina, aunque a veces también se utiliza para referirse a todos los turistas blancos.

turismo sexual y cómo se hacen presentes de manera que dan sentido y quizás facilitan indirectamente el sexo comercial entre los turistas norteamericanos y las trabajadoras sexuales latinoamericanas en San José, Costa Rica. Sostengo que para entender el turismo sexual es necesario observar las relaciones entre varios grupos sociales y no sólo entre los turistas sexuales y las trabajadoras sexuales, con el fin de comprender mejor las intensas complejidades de los encuentros del sexo transnacional y transaccional.

Más allá de los binarios

¿Por qué es tan importante tener en cuenta quién más participa en los encuentros de turismo sexual, además de los turistas sexuales y los trabajadores del sexo? La literatura académica sobre el turismo sexual de hombres heterosexuales ha tendido a centrarse en las realidades estructurales profundamente desiguales que apuntalan estas relaciones (Bishop y Robinson 1998; Gregory 2003; Leheny 1995; Mullings 1999; O'Connell Davidson y Sánchez Taylor 2005; Seabrook 1996), a menudo apoyándose en un binario que establece que los hombres norteamericanos (y europeos) son siempre opresores y que las mujeres latinoamericanas (así como las caribeñas y asiáticas) son, por tanto, necesariamente desempoderadas. Los estudiosos que simpatizan con las luchas por los derechos de las trabajadoras del sexo se preocupan por reconocer la existencia de mujeres que han elegido activamente el trabajo sexual, pero suelen hacer hincapié en el origen de clase media blanca y en la ubicación en el norte de este grupo demográfico (Bernstein 2007; Brewis y Linstead 2000). Gran parte de la investigación sobre las trabajadoras del sexo de clase media blanca ha sido criticada precisamente desde la perspectiva de que no se puede teorizar la prostitución a partir de sus experiencias porque son muy distintas, y que las mujeres pobres del sur global son inevitablemente el punto de comparación y la prueba de que las trabajadoras del sexo están oprimidas y explotadas (Barry 1995; Jeffreys 2009; O'Connell Davidson 1998). El argumento general aquí es importante: que los espacios en los que tiene lugar el sexo comercial y las identidades de los implicados importan y son la base de las enormes variaciones en las experiencias y prácticas. Sin embargo, la desafortunada implicación es que estas mismas trabajadoras sexuales del Sur se definen por sus desventajas estructurales y, por lo tanto, siempre son explotadas por poderosos hombres blancos, mientras que las mujeres blancas son potencialmente capaces de obtener placer y poder del trabajo sexual. El binario de poder entre los hombres del norte y las mujeres del sur queda intacto, y se refuerza en cierto modo al considerar a las trabajadoras del sexo de clase media blanca.³

Mientras que algunos estudios sobre el turismo sexual exploran las complejidades de las relaciones de poder entre los turistas sexuales y los trabajadores del sexo (Bishop y Robinson 1998; Law 2000), mi objetivo en este artículo es sugerir que una manera de ir más allá de los relatos particularmente rígidos y simplistas de las desigualdades estructurales inherentes al turismo sexual heterosexual masculino, y los debates en curso sobre el empoderamiento frente a la explotación en el trabajo sexual más ampliamente, es explorar los temas que comienzan

³ Cabe señalar que este binario se aplica de forma diferente en distintos contextos. Por citar sólo un ejemplo, gran parte de la ahora floreciente literatura crítica sobre la trata ha demostrado el uso frecuente de un binario entre agentes y víctimas que oscurece los matices y complejidades de los implicados. Véase, por ejemplo, Chapkis 2005; Constable 2009; Doezema 1998.

aparecer cuando ampliamos nuestro análisis para incluir a otras personas que son invocadas regularmente por los participantes, pero que a menudo quedan fuera de los debates académicos sobre el turismo sexual. Esto significa utilizar datos con base empírica para ir más allá de los debates sobre el poder en la industria del sexo para considerar quién más está implicado en el turismo sexual. En concreto, analizaré cómo los hombres costarricenses y las mujeres norteamericanas se hacen presentes de manera que permiten el sexo comercial en San José.

Situación de Gringo Gulch

La zona de San José conocida por los turistas y los lugareños que trabajan en la industria del turismo como Gringo Gulch incluye la sección oriental de la bulliciosa avenida central, así como las calles más tranquilas y frondosas de lo que antes eran barrios de élite en el extremo noreste del núcleo urbano. La avenida central es un corredor peatonal que bulle constantemente de gente en tránsito, de vendedores ambulantes que venden una gran variedad de productos y de la policía municipal que intenta en vano detenerlos. La recién creada policía turística, que patrulla la zona en bicicleta, es una adición reciente y visible a Gringo Gulch. Aunque los costarricenses (y, por supuesto, los inmigrantes de otros países latinoamericanos) constituyen el grueso del tráfico en la zona, la presencia de turistas del norte global, y especialmente de hombres del norte, es evidente incluso en las observaciones más superficiales. Moviéndose a un ritmo mucho más lento que los lugareños, impacientes por llegar a su destino, o arraigados en los bares y restaurantes que dominan el bullicio de la avenida central, los turistas masculinos que dan nombre a Gringo Gulch son fáciles de detectar. Esto se debe tanto al hecho de que son principalmente blancos, como a su estilo de vestir.⁴ La compraventa de servicios sexuales no está penalizada ni regulada en Costa Rica. Por ello, las negociaciones entre turistas y trabajadoras sexuales que se llevan a cabo en los bares, restaurantes y casinos de Gringo Gulch no reciben una atención significativa y no requieren ningún intento de clandestinidad. Las transacciones sexuales-económicas que eventualmente se llevan a cabo en las habitaciones de los hoteles del barrio sólo se notan en la medida en que la gerencia se asegura de cobrar a los turistas una cuota extra por llevar a un huésped a sus habitaciones. Los negocios donde los turistas y las trabajadoras del sexo se encuentran, se mezclan y regatean los precios no fueron creados ostensiblemente para este fin; no son burdeles y no se llevan una parte del dinero que cambia de manos. Algunos de los negocios están poblados casi exclusivamente por turistas y trabajadoras del sexo, y esto sería obvio para cualquiera al entrar; otros son espacios menos llamativos y a veces incluyen una demografía cambiante a lo largo del día, por ejemplo, atienden principalmente a empresarios locales durante la hora del almuerzo, y luego casi exclusivamente a turistas y trabajadoras del sexo por la noche.⁵

⁴ Aunque hay algunos hombres de color del norte que viajan a Costa Rica para practicar el sexo comercial, según mis propias observaciones y las entrevistas con trabajadores del sexo, este grupo es minoritario. Aquí mi atención se centra en la blancura.

⁵ Para una descripción más detallada de los espacios de Gringo Gulch y de las formas en que el Estado y el

Imaginar a los
~~sectas~~ privado participan en la industria del sexo, véase Rivers-Moore 2010a.

Gringo Gulch es sólo una de las zonas donde se desarrolla el turismo sexual en Costa Rica y, de hecho, donde se desarrolla el trabajo sexual en San José. Aunque está a un paso de Gringo Gulch, la zona roja de la ciudad está a un mundo de distancia en términos de infraestructura física y del funcionamiento cotidiano de la industria del sexo. Las aguas residuales estancadas, la falta de cables y tapas de alcantarillado y los edificios en ruinas son un testimonio de la falta de interés o inversión por parte del Estado, en marcada yuxtaposición con los esfuerzos por mantener Gringo Gulch limpio y seguro. Las mujeres jóvenes trabajan en burdeles, vendiendo servicios sexuales rápidos y sencillos a los hombres de la clase trabajadora local y centroamericana. Las mujeres mayores solicitan clientes en la calle y los llevan a los pequeños hoteles de la zona que alquilan habitaciones por días o por horas. También existe una especie de espacio intermedio en la industria del sexo, en los salones de masaje que salpican la ciudad. Menos caros y lujosos que los negocios de Gringo Gulch, pero considerablemente mejor mantenidos que los burdeles y hoteles de la zona roja, los salones de masaje atienden a los lugareños de clase trabajadora y media, así como a los ocasionales turistas aventureros. Muchos salones de masaje funcionan también como bares en los que los clientes y los trabajadores pueden socializar mientras negocian, y los trabajadores del sexo pueden ganar más dinero empujando la venta de alcohol. Los salones de masaje y los burdeles operan en el límite de la legalidad, ya que vivir de las ganancias de la prostitución de otra persona y la promoción de la prostitución son ilegales en Costa Rica. Por ello, este tipo de negocios son objeto de redadas de vez en cuando y sus responsables son acusados de proxenetismo.

Muchas mujeres (jóvenes) han trabajado en varios lugares del sector, dependiendo de sus preferencias personales y de cómo vaya el negocio (por ejemplo, las mujeres ganan menos dinero por cliente pero tienen muchos más clientes en la zona roja y en los salones de masaje que en Gringo Gulch). Es la presencia de los hombres del norte lo que marca a Gringo Gulch como tan diferente de los otros espacios de comercio sexual en San José. Aunque la capital es el destino por excelencia para los turistas masculinos, los sitios web de turismo sexual y las conversaciones informales sugieren que las ciudades de playa de la costa del Pacífico, Tamarindo y especialmente Jacó, son también destinos clave para los hombres heterosexuales. Manuel Antonio, otra popular localidad turística de la costa del Pacífico, es la opción preferida anecdóticamente por los turistas masculinos homosexuales, aunque no se ha realizado ninguna investigación en ninguno de estos lugares. Las mujeres turistas que mantienen relaciones sexuales con hombres locales han sido estudiadas en las tierras altas de Monteverde (Freidus y Romero-Daza 2009) y en la costa caribeña en Puerto Viejo (Frohlick 2007). Estas investigaciones sugieren que las mujeres turistas tienden a pasar más tiempo en Costa Rica que los hombres turistas, y las mujeres se involucran tanto en el sexo casual como en las relaciones monógamas que son menos abiertamente comerciales. Frohlick (2007), en particular, hace hincapié en la fluidez que caracteriza los encuentros económicos, sexuales e íntimos entre las mujeres turistas y los hombres locales, destacando la ambigüedad de estas relaciones. Se trata de un contexto que difiere significativamente del patrón habitual de relaciones sexuales a corto plazo y explícitamente comerciales en Gringo Gulch. La medida en que los

turistas masculinos se convierten en migrantes permanentes y desarrollan relaciones a largo plazo con las mujeres locales es un tema que queda por explorar (pero véase Maksymowicz 2010).

Investigación de la industria del sexo: Métodos

Pasé catorce meses en San José investigando la industria del turismo sexual de la ciudad, realizando entrevistas en profundidad y semiestructuradas con treinta turistas sexuales, cincuenta trabajadoras sexuales y cincuenta y seis empleados de los sectores estatal, privado y no gubernamental. Además de las entrevistas, pasé mucho tiempo en diferentes bares observando el día a día del turismo sexual y entablando conversaciones informales con camareros, guardias de seguridad, trabajadores del sexo y turistas sexuales. También visité regularmente la clínica estatal de prevención del VIH/SIDA, abierta a cualquier persona pero utilizada principalmente por las trabajadoras del sexo, y las dos organizaciones no gubernamentales que trabajan con las trabajadoras del sexo en San José. Pasé mucho tiempo en sitios web de turismo sexual dedicados específicamente a Costa Rica, y también realicé una pequeña investigación de archivo sobre el papel del Estado en la regulación del trabajo sexual.

Cuando se investiga el turismo sexual, siempre hay que abordar eventualmente la cuestión de la terminología. Se ha debatido mucho sobre el uso del término "turismo sexual" y a veces parece que cada escritor sobre el tema llega a una definición ligeramente diferente. Por ejemplo, las cuestiones relativas a la intención (¿el sexo transaccional tiene que planificarse con antelación?), el tipo de pago (¿el pago tiene que ser en efectivo o también cuenta el pago en especie?), el tipo de viaje (¿tiene que ser de ocio o cuentan los negocios o el volunturismo?) y la distancia desde el hogar (¿hay que cruzar una frontera internacional?) aparecen en los debates sobre cómo definir lo que se convierte en un concepto más turbio cuanto más intentamos precisarlo. Además, al igual que otros investigadores, reconozco la naturaleza problemática del uso de etiquetas, especialmente cuando se trata de etiquetas que los participantes podrían no elegir para describirse a sí mismos, como ocurre casi siempre con los turistas sexuales (Günther 1998) y a menudo con los trabajadores del sexo (Kempadoo 2004).

Dentro de las industrias del sexo de todo el mundo, existe una gran complejidad en cuanto a lo que se compra y se vende, lo explícitamente comercial que es el intercambio, si el pago es en efectivo o en especie, etc. Los encuentros en la industria del sexo han dado lugar, y de hecho lo hacen, a relaciones afectivas de larga duración, y es necesario investigar más sobre este tipo de relaciones que traspasan los límites del comercio y la intimidad. Sin embargo, en este artículo he optado por referirme al "turismo sexual", a los "turistas sexuales" y a los "trabajadores del sexo" por varias razones. Las trabajadoras del sexo a las que entrevisté y con las que mantuve innumerables conversaciones informales utilizaron diversos términos para identificarse a sí mismas y al trabajo que realizan, como "*trabajo sexual*" y "*trabajadora sexual*". Y lo que es más importante, describieron sistemáticamente y con énfasis lo que hacen como trabajo y a ellos mismos como trabajadores.

Los turistas sexuales ofrecían un escenario algo más complicado, en el sentido de que ninguno de ellos se refería realmente a sí mismo como tal, aunque muchos decían cosas del tipo "No soy un turista sexual. Sólo soy un tipo de Tennessee que ha venido a Costa Rica para conocer mujeres con las que tener sexo.

Imaginar a los

demás
"Estoy dispuesto a pagar por ello". Lo que

Es importante señalar aquí que los turistas que entrevisté no son, por ejemplo, hombres que planearon unas vacaciones de rafting, conocieron por casualidad a una mujer local y disfrutaron de un romance vacacional en el que los límites entre lo sexual y lo económico eran cambiantes y borrosos. En cambio, se trata de turistas que viajaron a Costa Rica con la intención explícita de pagar a las mujeres locales por sexo, y muchos de ellos hicieron una amplia investigación previa. Además, tienden a visitar el país por periodos cortos que facilitan transacciones sexuales-económicas más directas que las turistas de Monteverde y Puerto Viejo, por ejemplo, muchas de las cuales se quedan por periodos prolongados (Freidus y Romero-Daza 2009; Frohlick 2009). La forma en que estos hombres explican su decisión de viajar a Costa Rica y sus acciones mientras están allí varía, pero en términos prácticos sus intereses eran los mismos. Me refiero a estos hombres como turistas sexuales porque sus prácticas sexuales mientras están de vacaciones son las que más los definen para mis propósitos en este artículo, ya que estoy explorando sus interacciones con las trabajadoras sexuales y los otros sujetos que son llevados a esas interacciones.

Esto no quiere decir que estos hombres no sean también padres e hijos, profesores de clase media y empleados de correos de clase trabajadora, veteranos de guerra y estudiantes, divorciados enfadados y viudos solitarios, y un montón de otros calificativos. Hago hincapié en este punto porque a menudo se tiende a pintar a todos los turistas sexuales como misóginos desagradables. Al principio de esta investigación, a menudo me resultaba difícil animarme a hablar con los turistas sexuales:

Pasé el resto de la tarde recorriendo todos los bares de turismo sexual para intentar hablar con los gringos. El Hotel Premier fue el único lugar donde tuve suerte. Los otros lugares estaban llenos, pero eso, por alguna razón, hizo que me pareciera más difícil que fácil. Me sentí realmente incómoda al entrar en un lugar lleno de hombres e interrumpir sus conversaciones para anunciar que quería hablar con ellos sobre su vida sexual. No dejaba de asomarme a diferentes bares poco iluminados, pero no podía obligarme a entrar (notas de campo, 6 de diciembre de 2006).

El malestar inicial que demuestra este extracto de mis notas de campo se disipó gradualmente, pero es revelador de las suposiciones sobre las dificultades para establecer una relación y las cuestiones de seguridad personal que pueden surgir al estudiar lo que se supone que son "grupos impopulares" (Lee 1997). En el contexto del sexo transaccional entre mujeres turistas y hombres locales en Puerto Viejo, Frohlick (2010) ha acuñado el término "sujetos despreciables" para describir la forma en que se juzga a las mujeres turistas que mantienen relaciones sexuales durante sus vacaciones. Este término es aún más adecuado en el caso de los hombres entrevistados para mi investigación. Si bien es cierto que existe un desprecio por las mujeres turistas en algunos círculos, también existe la posibilidad de interpretar sus actividades como una transgresión, al menos parcial, de las normas de género. Los turistas masculinos, alternativamente, son los sujetos despreciables por excelencia, en el mejor de los casos patéticos y en el peor

Explotadores racistas (Bishop y Robinson 2002; O'Connell Davidson 2001; Seabrook 1996). En la práctica, los turistas sexuales son complejos,

sujetos multifacéticos y contradictorios como el resto de nosotros.⁶ Los hombres a los que entrevisté eran un grupo diverso, lo que hace difícil ofrecer un retrato del turista sexual "medio", pero todos estaban bastante dispuestos a hablar de su vida sexual con un completo desconocido, estaban interesados en escuchar mi investigación, y ofrecieron opiniones e ideas que eran desafiantes tan a menudo como exasperantes.⁷

En resumen, ninguno de los turistas masculinos de esta investigación se encontró por casualidad con el sexo comercial en San José, sino que viajaron allí específicamente para buscarlo. Los hombres de Gringo Gulch suelen haber investigado con antelación, sobre todo en Internet, y suelen llegar con una idea general de dónde ir, cuánto pagar y qué esperar. En caso de duda, los taxistas, los empleados de bares y hoteles y otros turistas masculinos pueden ayudar. Los turistas masculinos a veces viajan con amigos, a veces solos. Algunos se coordinan con antelación para reunirse con otros hombres que han conocido en los sitios web de turismo sexual, formando amistades instantáneas sobre el terreno basadas en un interés compartido por la compra de sexo comercial. Por lo tanto, ya es posible ver que los turistas sexuales requieren cualquier cantidad de otros sujetos para facilitar físicamente sus encuentros con los trabajadores sexuales en Costa Rica. En lo que sigue, exploro las formas en que dos conjuntos específicos de sujetos, los hombres costarricenses y las mujeres norteamericanas, se imaginan y se hacen presentes de manera que permiten y dan sentido al turismo sexual.

Imaginarnos mutuamente

Los turistas sexuales dedicaron mucho tiempo a hablar de los hombres costarricenses para dar sentido a sus encuentros con las trabajadoras del sexo. Los hombres costarricenses fueron descritos como *machistas*, un rasgo vinculado a la violencia y la irresponsabilidad. Por ejemplo, Julio, un hombre de cuarenta y seis años de Florida, explicó que

los ticos [hombres costarricenses] las hacen trabajar [a las mujeres costarricenses], los ticos las hacen limpiar y hacer todo. Las golpean, las hacen trabajar. Así que el gringo, por muy feo, gordo y maloliente que sea, se queda con la guapa [mujer costarricense] porque el tico es peor que el gringo maloliente'.⁸

Mark, empleado de una empresa de apuestas de unos 30 años, confirmó que "ellos [los hombres costarricenses] tratan realmente mal a las mujeres, les pegan mucho. Son realmente horribles. Muchas mujeres me han dicho que soy mucho más agradable que los ticos con los que han estado". Varios turistas destacaron el abandono de los hombres costarricenses de

⁶ Aunque se ha investigado mucho menos sobre los clientes que sobre los trabajadores del sexo, algunos excelentes estudios recientes han arrojado luz sobre las complejidades de la participación de los hombres en la industria del sexo. Véase, por ejemplo, Bernstein 2007; Frank 2002; Sanders 2008.

⁷ La edad de los entrevistados oscilaba entre los treinta y pocos años y los setenta y tantos, y la mayoría tenía más de cincuenta años. El 87% eran de EE.UU. y el 13% de Canadá (sin que hubiera una representación excesiva de ningún estado, provincia o ciudad en particular). El nivel de empleo y de estudios variaba

significativamente, pero la mayoría podía clasificarse como clase trabajadora o clase media baja.

⁸ A los hombres y mujeres costarricenses se les llama coloquialmente "ticos" y "ticas". Los nombres y las características de identificación de todos los entrevistados han sido modificados.

sus hijos: 'Ellos engendran los hijos y luego se van. Y luego se van con otra mujer, engendran hijos con ella y luego se van. De repente, la mujer tiene tres hijos y tres padres [de sus hijos] y no tiene matrimonio ni seguridad' (John Jones, sesenta y tres años, maestro de escuela jubilado). El siguiente intercambio que tuvo lugar en una entrevista en la Plaza de la Cultura de San José entre los canadienses Michael y Don Miguel, proporciona un buen ejemplo de cómo se utiliza la percepción de la irresponsabilidad de los hombres costarricenses:

Michael: Los hombres ticos son un poco *machistas*, ya sabes. Son los que mandan, abofetean a su mujer... y luego ellas [las mujeres costarricenses] nos conocen, las tratamos con respeto... incluso cocino para ellas, no pueden superar eso.

Don Miguel: Una comida, un masaje, música agradable, una botella de vino. La mayoría de ellas, nunca han tenido eso. Los hombres de aquí, tratan a las mujeres de tal manera que... básicamente lo quieren gratis.

Michael: Y una vez que la chica está embarazada, se va.

Don Miguel: Y luego van con sus amigos y presumen de ello. Ven a la mujer descalza y embarazada. Y se alegran de ello, porque es un juego de poder. El género, el hombre gobierna el mundo. Mientras que en casa, es todo lo contrario.

Los turistas sexuales relacionan a los hombres costarricenses con un tipo particular de masculinidad dominante y violenta. Pero, ¿cómo llegan a estas conclusiones? Los estereotipos particulares altamente racializados sobre la masculinidad latina como agresiva son comunes tanto en Estados Unidos como en Canadá (aunque la población de inmigrantes latinoamericanos y sus descendientes es significativamente menor en el segundo país que en el primero), y las imágenes populares en los medios de comunicación con frecuencia sirven para subrayar, en lugar de desafiar, estas imágenes gastadas (Gutmann 2007; Melhuus y Stolen 1997). Estas construcciones de la hombría latinoamericana influyen, sin duda, en la forma en que los hombres del norte imaginan que se comportan los costarricenses. Sin embargo, cuando están en Costa Rica, los tipos de encuentros que los turistas podrían tener con los hombres locales son, de hecho, bastante limitados. La razón principal es que muy pocos turistas hablan español, y los que lo hacen tienen un vocabulario muy limitado que hace prácticamente imposible una comunicación significativa. Los hombres que los turistas del Norte tienen más probabilidades de encontrar en Costa Rica son los trabajadores de la industria del turismo, incluidos los camareros, el personal de los hoteles y los taxistas (que obtienen importantes beneficios de su trabajo en la industria del sexo). Muchos de estos hombres hablan algo de inglés, una necesidad virtual para trabajar en el turismo, pero es significativo que los turistas se relacionen con los hombres costarricenses en contextos en los que las relaciones son principalmente de servicio (Leidner 1999; McDowell, Batnitzky y Dyer 2007). En los bares que frecuenté, los turistas parecían sentirse mucho más cómodos con el personal femenino, bromeando y coqueteando con los camareros y las camareras. Las interacciones con los trabajadores masculinos eran mucho menos comprometidas, rara vez iban más allá

de lo estrictamente necesario y dejaban de lado los intentos de bromas amistosas que regularmente se dirigían a las trabajadoras.

El punto aquí es enfatizar que la imaginación de los turistas sobre los hombres costarricenses como *machistas* agresivos no se basa de hecho en experiencias personales y directas con ellos. Además de las construcciones ya existentes de los hombres latinoamericanos que existen en Norteamérica, los hombres del norte también reciben información sobre los hombres costarricenses de las trabajadoras sexuales con las que interactúan. Como demuestra la cita anterior de Mark, los trabajadores del sexo se preocupan por presentar una imagen particular de la masculinidad costarricense a sus clientes turistas, una imagen que proporciona una razón distinta al dinero de por qué las mujeres locales parecen preferir a los hombres extranjeros. En las entrevistas, las trabajadoras del sexo compararon a los turistas y a los clientes costarricenses, diciendo que tienden a favorecer a los turistas porque suelen tener más dinero: "los ticos son realmente cerdos cuando se trata de pagar. Lo quieren todo barato. Negocian, intentan bajar el precio, así que realmente no vale la pena" (Anika, veintinueve años, estudiante universitaria y madre de dos hijos). Johana, de veintiséis años, hija de un policía y cocinero, añadió: "Si hay un tico y un gringo, siempre eliges al gringo porque tiene más dinero". Para la mayoría de las mujeres de esta investigación, la cuestión *del machismo* rara vez figura en su elección de clientes, centrándose firmemente en quién está dispuesto a pagar más. Sin embargo, Cindy, de treinta y tres años, fue una rara excepción cuando comentó "con todo el respeto, prefiero salir con ticos. Porque me tratan mejor. Los ticos no son tan depravados. La cabeza de los gringos está llena de depravación".⁹

Lo que todo esto demuestra es lo complejas que son estas imaginaciones y lo imprescindibles que son para facilitar los encuentros de turismo sexual. Racionalizar a los hombres costarricenses e imaginarlos como retrógrados y *machistas* permite a los turistas asumir el papel contrastado de hombres más modernos e ilustrados. Al exagerar la dominación masculina costarricense, los hombres norteamericanos pueden entenderse a sí mismos como menos conservadores y cerrados de mente, mientras siguen manteniendo nociones rígidas de poder de género. Al centrarse en los defectos de los hombres costarricenses, los turistas sexuales pueden ignorar el hecho de que las mujeres con las que se encuentran están de hecho trabajando cuando están con los gringos "feos, gordos y malolientes" que describió Julio. Los aspectos económicos de sus relaciones con las mujeres costarricenses se hacen invisibles mientras que, en cambio, se centran en el *machismo* de los hombres costarricenses y en su propia modernidad ilustrada en contraste.

La forma en que los turistas sexuales utilizan sus imaginaciones de los hombres costarricenses como *machistas para* reclamar una masculinidad menos dominante para ellos mismos es particularmente irónica dada la ira que algunos turistas sexuales reservan para el feminismo. Otros estudios sobre el turismo sexual han demostrado el enfado de los hombres con el feminismo y sus experiencias de cambio de roles de género en Norteamérica (O'Connell Davidson 2001; Ryan 2000). Del mismo modo, Jeff, de cincuenta y cinco años y recientemente separado de su esposa, explicó que las mujeres costarricenses "se desviven por satisfacer a un hombre".

⁹ Las parejas de los trabajadores del sexo están notablemente ausentes en mi análisis. Esto se debe principalmente a que prácticamente todas las trabajadoras del sexo con las que hablé hacen todo lo posible por ocultar su trabajo a sus parejas, familias y comunidades (Rivers-Moore 2010b). Pero véase el fascinante trabajo de Brennan (2004b) sobre las formas en que los hombres dominicanos "esponjan" a sus novias dominicanas que trabajan en la industria del turismo sexual.

Para asegurarse de que ellas son la mujer y tú el hombre". Continuó comentando que "siento que vivir en Costa Rica es como volver a los Estados Unidos de nuestra infancia", demostrando una sensación común entre los turistas sexuales de que viajar a Costa Rica y entablar relaciones con mujeres costarricenses es como retroceder en el tiempo. En particular, muchos turistas sexuales se refirieron a los años 50 para describir su experiencia en Costa Rica. Woody, un neoyorquino de casi 40 años, explicó que "en los años 50 las mujeres tenían su papel y los hombres el suyo. En Estados Unidos se ha borrado tanto'. La década de los 50 parece ser el punto de referencia para muchos turistas de distinto sexo nostálgicos de lo que se imagina que fue una época más fácil. Muchos hombres describen una década de vida familiar, amor y afecto, en la que las mujeres y los hombres conocían su lugar.¹⁰ Entre los turistas sexuales existe la sensación de que Costa Rica está atrasada, pero en el mejor sentido posible. Se quejan de los baches en las carreteras, del "precio gringo", de¹¹ y de la gente que pide el cambio en público, pero al mismo tiempo alaban lo que interpretan como una vuelta a los roles de género que les parecen familiares y correctos. Esta es una versión bastante diferente del tropo colonial más típico del progreso imperial viajando hacia adelante en el espacio pero hacia atrás en el tiempo a una prehistoria anacrónica y periférica (McClintock 1995; Razack 2002). Mientras que Razack (2002) ha argumentado de forma persuasiva en otro contexto que los sujetos coloniales llegan a entenderse a sí mismos como poderosos al cruzar la frontera entre la respetabilidad y la degeneración y regresar indemnes, de hecho, los turistas describen Costa Rica como un lugar *más* civilizado, donde el género tiene sentido. La ironía, por supuesto, es que a pesar de todas sus quejas sobre el cambio de los roles de género en Norteamérica, son precisamente estos cambios los que permiten a los turistas sexuales compararse favorablemente con los hombres costarricenses al adoptar la masculinidad menos dominante descrita anteriormente.

Mientras que los hombres costarricenses son vistos con desdén por su supuesta violencia e irresponsabilidad, los turistas sexuales acusan a las mujeres norteamericanas de una serie de defectos. En particular, las describen como materialistas. Según Don Miguel

En mi país, es complicado. Ellas [las mujeres norteamericanas] llevan un tiempo viendo Oprah, tienen todos esos complejos. Son muy, ya sabes, como Madonna, materialistas. Te miran y [dicen] '¿qué tipo de trabajo tienes? ¿Qué tipo de negocio tienes? ¿Qué tipo de propiedad tienes? Aquí, no tienes que contarles [a las mujeres costarricenses] toda la historia. Les dices que estás jubilado. No entras en detalles.

Woody describe la sociedad costarricense como "más lenta" que la estadounidense, y se queja de que "[las mujeres estadounidenses] son tan materialistas que los hombres sienten que tienen que seguir comprando... están agotados pero siguen trabajando más y más y

¹⁰ Cabe destacar que muchos de estos hombres o bien no habían nacido en los años 50 o eran niños muy pequeños, lo que marca que se trata de una narración nostálgica que no está arraigada en ningún conocimiento directo.

Imaginar a los

de "Precio gringo". Esto se refiere a la práctica común de cobrar a los turistas del norte mucho más que a los locales por los bienes y servicios.

más difícil... pero también les ha pasado a las mujeres. Las mujeres están básicamente atrapadas en la misma carrera de ratas". Los turistas sexuales relacionan el cambio de los roles de género y el creciente materialismo con la sensación de que las mujeres del Norte se han vuelto imposiblemente exigentes. Craig describe a las mujeres costarricenses como "menos trabajadoras. En Norteamérica, tienes que salir con una mujer y conocerla y hacerla sentir bien. A las mujeres les gusta que les hagan pasar un buen rato. Aquí, es sencillo. Las mujeres costarricenses no son tan exigentes".

Los turistas sexuales también describen a las mujeres del norte como poco atractivas y poco femeninas, algo que suelen achacar al feminismo. El siguiente intercambio entre Julio y John que tuvo lugar en el restaurante del Hotel Premier mientras almorzábamos juntos ilustra bien esta postura:

Julio: No los soporto. Son unos engreídos, unos malcriados. Si no tienes mucho dinero y no les enseñas el dinero, estás fuera.

John: ...muchas de ellas son simplemente gordas. Y no se visten como mujeres... No se enorgullecen de sí mismas. Han perdido el contacto con su lado femenino. Las mujeres americanas [sic] se están convirtiendo más en chicos.

Julio: Las mujeres americanas [sic] quieren ser hombres.

John: Una gran diferencia entre Estados Unidos y América Latina es que aquí no hubo un movimiento de liberación de la mujer como en Estados Unidos. Y yo estoy a favor de los derechos de la mujer, no me malinterpreten.

Julio: Igualdad y derechos es una cosa diferente.¹²

Woody añade: "Las mujeres americanas [sic] han perdido todo el sentido de la moda y la elegancia. Es casi como si una mujer fuera femenina, no está básicamente liberada. Tienes que vestirte como un hombre para demostrar que puedes entrar en la sociedad haciendo cosas que hacen los hombres". Darryl me contó que un "liberador de las mujeres" salió en la televisión nacional de Estados Unidos para decir que "las mujeres americanas [sic] deberían tratar mejor a sus hombres". Para Darryl, esto era una prueba del decrepito estado de las relaciones de género en EE.UU., y explica la presencia de tantos hombres del norte en Costa Rica.

Además de este enfado generalizado con las mujeres del norte, muchos turistas sexuales tenían mucho que decir sobre sus ex esposas. Prácticamente todos los turistas con los que hablé estaban divorciados o separados, y la figura de la ex mujer ocupaba un lugar destacado en nuestras conversaciones. Darryl describió que trabajaba muchas horas en dos empleos para poder mantener las exigencias materiales de su mujer, y que ésta le acusaba de falta de atención. Tony, un instalador de tuberías de Las Vegas, estaba en Costa Rica por primera vez debido a su desilusión con las relaciones en Estados Unidos,

¹² Julio no supo explicar qué quería decir con su comentario sobre la igualdad y los derechos, más allá de afirmar que cree que las mujeres deberían poder conducir coches y no deberían ser obligadas a llevar burkas.

lo que es de ellos es de ellos y lo que es tuyo es de ellos. Y lo que sobra es de ellos. Me divorcié y lo perdí todo... La conclusión es que nunca es suficiente. En Estados Unidos [sic], te divorcias y básicamente pierdes todo lo que tienes como hombre".

Las esposas, y más comúnmente las ex esposas, se presentan como ejemplos principales de mujeres norteamericanas exigentes y materialistas en estas narrativas. Las mujeres norteamericanas ocuparon un papel central en nuestras conversaciones, a pesar de que la mayoría de los turistas sexuales que entrevisté afirmaron viajar a Costa Rica en parte para escapar de estas mismas mujeres. La ex esposa se despliega para demostrar de forma muy concreta por qué un hombre es un turista sexual; lo que fue notable fue que, además de su evidente enfado, la ex esposa también parece evocar un profundo sentimiento de injusticia y dolor. Las mujeres del norte eran feministas materialistas y exigentes en términos generales, pero fue la experiencia específica de separaciones y divorcios devastadores de mujeres muy particulares la que configuró las formas en que los turistas sexuales dieron sentido a su decisión de viajar a Costa Rica. Los turistas sexuales situaron a las mujeres del norte firmemente en el contexto de su decisión de viajar a Costa Rica y les otorgaron un papel central en la dinámica del comercio sexual transnacional.¹³

Una de las consecuencias de esta atención a la violencia de los hombres costarricenses y a las demandas de las mujeres norteamericanas es que oscurece los aspectos económicos de los encuentros de los turistas sexuales con las mujeres costarricenses. Las mujeres norteamericanas son construidas como materialistas y exigentes, mientras que el dinero que un turista da a una trabajadora sexual local es descrito como "tratando de ayudarla" (Woody), más que como un pago o el resultado de intereses materiales exagerados. La percepción de la pobreza de las mujeres con las que se encuentran los turistas del sexo cambia el significado del intercambio económico, pasando de la codicia a la necesidad. Las narrativas sobre los hombres violentos de Costa Rica y las mujeres materialistas y feministas del norte también permiten a los turistas sexuales establecer una conexión entre ellos y las mujeres costarricenses: ambos han sido maltratados y buscan algo diferente.

No hubo muchas trabajadoras del sexo que tuvieran mucho que decir sobre las mujeres del norte (lo que sospecho que tiene mucho que ver con el hecho de que yo sea una de ellas) y no relacionaron necesariamente sus aparentes defectos con la presencia de clientes turísticos gringos. Sin embargo, algunas mujeres ofrecieron opiniones que fueron reveladoras. Por ejemplo, Carolina, una inmigrante colombiana de treinta y tres años, dijo que "a los gringos les encantan las latinas. Tenemos una forma de tratarlas que las europeas no tienen. Somos muy cariñosos. No sentimos nada por ellas, pero las hacemos sentir como reyes". Susan, de treinta años, citada en el epígrafe de este artículo, fue más allá del tipo de interacciones para sugerir que las mujeres norteamericanas son poco atractivas. Valentina, de diecinueve años, coincidió: "Las gringas son como los hombres. Ellas

¹³ Por supuesto, las consecuencias de las prácticas de turismo sexual de los hombres son muy diferentes para las esposas o novias actuales en casa, especialmente en términos de riesgo de VIH e ITS. Aunque es imposible

donn más investigación específica, el argumento de Frank (2002) de que los investigadores deberían intentar entrevistar a las parejas de los clientes masculinos es un argumento convincente que sin duda arrojaría más luz sobre las diversas relaciones sociales y los sujetos implicados en la industria del sexo.

no llevan tacones altos ni el color rosa. Engordan mucho después de tener hijos". Al igual que las narrativas de los turistas sexuales, las trabajadoras sexuales rara vez han tenido un contacto prolongado con las mujeres del norte y parecen basar sus evaluaciones en parte en los estereotipos populares en Costa Rica (que las mujeres del norte son *descuidadas* o descuidan su apariencia) pero también en las narrativas de los turistas para explicar su presencia en Costa Rica. Aunque los turistas sexuales rara vez hablan español, la mayoría de las trabajadoras sexuales del sector turístico hablan al menos algo de inglés, y algunas mujeres lo dominan relativamente. Tanto los turistas como las trabajadoras parecen tener un gran interés en contarse historias sobre los hombres costarricenses y las mujeres del norte, tanto para explicar como para facilitar sus contactos. Sin embargo, cabe señalar que imaginar a los demás es mucho más importante para los turistas y, de hecho, la mayoría de las trabajadoras sexuales de esta investigación afirmaron que los gringos viajan a Costa Rica para tener relaciones sexuales con las mujeres locales simplemente porque el sexo comercial no está penalizado allí y es más barato que en su país.

Está más allá del alcance de este artículo determinar definitivamente si los turistas sexuales y las trabajadoras sexuales encuentran lo que buscan en sus encuentros, pero antes de concluir me gustaría problematizar brevemente mis propias interacciones como mujer del norte con las personas entrevistadas para esta investigación. En particular, fue difícil escuchar a los turistas sexuales decir cosas sobre los roles de género y el "atraso" de Costa Rica y la "estupidez" de los costarricenses, declaraciones que encontré profundamente ofensivas. Cuestionar directamente estas opiniones habría acabado sin duda con nuestras entrevistas, y sin embargo, escucharlas en silencio fue una experiencia profundamente frustrante.¹⁴ Me sentí muy incómoda siendo una mujer del norte y escuchando generalizaciones sobre las mujeres que se supone que son "como yo". Incluso en ocasiones me pidieron que explicara qué pasaba con las mujeres en Norteamérica. Mi propia incomodidad al pedírseme que respondiera por lo que los turistas sexuales entendían que eran los defectos de las mujeres norteamericanas sirve como recordatorio útil de cómo se espera que los sujetos de la investigación hablen por grupos enormemente heterogéneos, ya sean trabajadoras sexuales costarricenses, mujeres del sur o incluso turistas sexuales y hombres norteamericanos. Cuando investigamos en sitios de campo transnacionales, rara vez se nos pide explícitamente que representemos a otras personas del Norte, ya que nuestras propias identidades en términos de género, raza, clase y nación normalmente no se mencionan y se consideran ajenas a la investigación. La feminidad del Norte suele estar fuera de los límites de la investigación transcultural, en la que las "otras" culturas, normalmente del Sur, son el objeto de estudio. Pero en este caso, el sitio de campo implicaba la investigación de sujetos en posiciones similares a la mía, al menos en términos de lengua y cultura, pero dentro del contexto más amplio de una multitud de encuentros transculturales que todos estábamos en proceso de negociar de diferentes maneras.

Aunque a veces me encontré haciendo un gran esfuerzo para convencerme de lo diferente que era de los hombres del norte a los que entrevistaba, de hecho, estas

dinámicas ponen de manifiesto cómo las mujeres del norte siguen estando totalmente atrapadas en ambos

¹⁴ Esta cuestión de callar cuando se expresan opiniones desagradables ha sido debatida por otros estudiosos. Véase, por ejemplo, Constable 2003; Grenz 2005; Lee 1997; O'Connell Davidson y Layder 1994; Sanders 2008.

La historia colonial y el presente imperial, y desmienten cualquier llamamiento a una hermandad global fácil. De hecho, una de las formas en las que pude seguir escuchando a los turistas sexuales fue pensando en mí misma como una de las "liberadoras de mujeres" de las que tanto se burlan; me sentía cómoda y empoderada al identificarme con la independencia y el feminismo, que a veces parecía funcionar como una identidad "secreta". Sin embargo, aunque las críticas de los hombres al feminismo y al cambio de los roles de género han sido citadas por otros investigadores (Jeffreys 2009, O'Connell Davidson 2001, Ryan 2000), lo que no se ha señalado explícitamente es la forma en que este tropo particular contribuye a una visión de las mujeres del sur como víctimas pasivas y atrasadas de los turistas sexuales. En cierto sentido, esto es sorprendentemente similar a las formas en que los turistas sexuales utilizaron a los hombres costarricenses para imaginarse a sí mismos como ilustrados y modernos. Un discurso civilizador también está en juego aquí, en el sentido de que mi capacidad como investigadora para asumir una noción no problematizada del feminismo y la independencia norteamericanos sólo es posible si me apoyo en una versión igualmente no problematizada de la femineidad latinoamericana que es dependiente, tradicional, no feminista y, en última instancia, atrasada. Desde esta perspectiva, las mujeres del norte pueden convertirse potencialmente en las salvadoras de las mujeres costarricenses, una noción profundamente neocolonial que señala la problemática conexión entre la femineidad blanca, el feminismo y el imperialismo (Burton 1994; Grewal 1996). En este caso particular, las mujeres que deben ser civilizadas son las trabajadoras sexuales costarricenses, lo que se basa en una comprensión profundamente condescendiente, racista y, en última instancia, colonial de estas mujeres como víctimas sin voz que pueden ser rescatadas por las feministas del norte (Agustín 2005; Doezema 2001). El silencio sobre el papel de la mujer blanca simplifica y reduce el turismo sexual a un encuentro estático entre turistas y trabajadoras del sexo. Este silencio tampoco implica a las mujeres del norte, incluidas las investigadoras, plena y necesariamente en las desigualdades de poder globales que se promulgan en la industria del sexo, y en la investigación, a diario.

Conclusiones

Mi investigación en la industria del turismo sexual de San José revela la importancia tanto de los hombres costarricenses como de las mujeres del norte en las formas en que los turistas sexuales entienden y dan sentido a sus contactos con las mujeres locales. Definirse como hombres menos dominantes y más amables justifica el interés de las trabajadoras del sexo por razones que van más allá de una mera transacción económica. Las quejas sobre las feministas norteamericanas exigentes y la referencia a las ex esposas en particular justifican aún más su conexión con las mujeres costarricenses. Este artículo ha demostrado la utilidad de poner en conversación las entrevistas con las trabajadoras del sexo y los turistas sexuales. Entrevistar únicamente a los turistas sexuales centraría sus relatos de los encuentros con el turismo sexual, permitiéndoles representar a las trabajadoras sexuales costarricenses en términos profundamente simplistas y problemáticos. Por otro lado, estudiar el turismo sexual sólo a través de entrevistas con trabajadoras sexuales corre el riesgo de asociar la prostitución sólo con las mujeres, dejando así

de los turistas fuera de juego por el papel que juegan en la estructuración y el mantenimiento de la industria del sexo. Además, las representaciones de las trabajadoras del sexo sobre los turistas sexuales son necesariamente parciales, mientras que centrarse en los turistas sexuales supone que su presencia es el único factor que constituye el sexo comercial.

He demostrado la importancia de considerar una gama más amplia de sujetos de los que habitualmente se incluyen en nuestro análisis del turismo sexual, incluidos los sujetos que pueden no estar físicamente presentes pero que son otros imaginarios que facilitan los encuentros sexuales comerciales de manera importante. Por lo tanto, mi trabajo reclama una investigación sobre la industria del sexo que amplíe su enfoque, que vaya más allá de los binarios y de los exámenes de empoderamiento frente a explotación, en una línea similar a la de algunos trabajos importantes que ya están avanzando en esta dirección (Agustín 2007; Bernstein 2007; Brewis y Linstead 2000; Kempadoo 2004). He sugerido que al limitar nuestro análisis del turismo sexual a los turistas sexuales y a las trabajadoras sexuales, no logramos cuestionar las construcciones simplistas, y quizás cómodas, de los hombres costarricenses como violentos y *machistas* y de las mujeres del norte como liberadas y feministas. Cuestionar el papel de las mujeres norteamericanas en varios tipos de encuentros transculturales, incluyendo el turismo sexual masculino heterosexual, demuestra la imposibilidad de suponer que las mujeres norteamericanas están algo menos que completamente enredadas en las relaciones globales de poder y desigualdad. Poner el acento en los otros sujetos que invocan los turistas sexuales (y las trabajadoras del sexo) nos permite ir más allá del binario simplista del poder generalmente utilizado para entender sus relaciones, proporcionando una visión más compleja y detallada de las formas subjetivas en que el poder se juega y se experimenta sobre el terreno. Todo ello revela los posicionamientos globales de estos múltiples sujetos y cómo se entrelazan en el proceso de venta y compra de sexo.

Agradecimientos

Deseo agradecer a Sarah Radcliffe, Judith Walcott y Conor Farrington sus útiles comentarios sobre un primer borrador de este documento. Gracias a Phil Hubbard, Kath Browne y, sobre todo, a Susan Frohlick por sus acertadas sugerencias.

Referencias

- Agustín, L.M. 2005. En casa, en la calle: Cuestionando el deseo de ayudar y salvar. En, Bernstein, E. y L. Schaffner (eds.), *Regulating Sex: The Politics of Intimacy and Identity*, Nueva York: Routledge, pp. 67-82.
- Agustín, L.M. 2007. *Sexo en los márgenes: Migración, mercados de trabajo y la industria del rescate*. Londres: Zed.
- Alexander, M. J. 1998. Imperial Desire/Sexual Utopias: White Gay Capital and Transnational Tourism. En, Shohat, E. (ed.), *Talking Visions: Multicultural Feminism in a Transnational Age*, Nueva York: MIT Press, pp. 281-305.
- Apostolopoulos, Y., S. Sönmez, y D. J. Timothy (eds.). 2001. *Women as Producers and Consumers of Tourism in Developing Regions*. Westport: Praeger.
- Barry, K. 1995. *The Prostitution of Sexuality*. New York: Universidad de Nueva York.
- Bernstein, E. 2007. *Temporarily Yours: Intimidad, autenticidad y el comercio del*

- Bishop, R., y L. Robinson. 1998. *Night Market: Sexual Cultures and the Thai Economic Miracle*. London: Routledge.
- Bishop, R. y L. Robinson. 2002. Travellers' Tails: Sex Diaries of Tourists Returning from Thailand. En, Thorbek, S. y B. Pattanaik (eds.), *Transnational Prostitution: Changing Global Patterns*, Londres: Zed, pp. 13- 23.
- Brennan, D. 2004a. *¿Qué tiene que ver el amor? Transnational Desires and Sex Tourism in the Dominican Republic*. Durham: Duke University Press.
- Brennan, D. 2004b. Las mujeres trabajan, los hombres esponjan y todos cotillean: Macho Men and Stigmatized/ing Women in a Sex Tourist Town. *Anthropological Quarterly* 77 (4): 705-733.
- Brewis, J. y S. Linstead. 2000. *Sexo, trabajo y trabajo sexual: Eroticizing organization*. London: Routledge.
- Burton, A. 1994. *Burdens of History: British Feminists, Indian Women, and Imperial Culture, 1865-1915*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Cabezas, A.L. 2008. Tropical Blues: Turismo y exclusión social en la República Dominicana. *Perspectivas Latinoamericanas* 35 (3): 21-36.
- Carrier, J.G., y D.V.L. Macleod. 2005. Bursting the Bubble: The Socio-Cultural Context of Ecotourism. *Royal Anthropological Institute* 11: 315-334.
- Chapkis, W. 2005. Guante blando, puño castigador: The Trafficking Victims Protection Act of 2000. En, Bernstein, E. y La. Schaffner (eds.), *Regulating Sex: The Politics of Intimacy and Identity*, Nueva York: Routledge, pp. 51-66.
- Cheng, S. 2010. *On the Move for Love: Migrant Entertainers and the U.S. Military in South Korea*. Filadelfia: University of Pennsylvania Press.
- Constable, N. 2003. *Romance on a Global Stage: Pen Pals, Virtual Ethnography, and "Mail-Order" Marriages*. Berkeley: University of California Press.
- Constable, N. 2009. The Commodification of Intimacy: Marriage, Sex, and Reproductive Labor. *Annual Review of Anthropology* 38: 49-64.
- Crick, M. 1989. Representaciones del turismo internacional en las ciencias sociales: Sun, Sex, Sights, Savings, and Servility. *Annual Review of Anthropology* 18: 307-44.
- Doezema, J. 1998. Forced to Choose: Más allá de la dicotomía entre prostitución voluntaria y forzada. En, Kempadoo, K. y J. Doezema (eds.), *Global Sex Workers: Rights, Resistance and Redefinition*, Nueva York: Routledge, pp. 34-50.
- Dubinsky, K. 1999. Local Colour: The spectacle of race at Niagara Falls. En, Burton, A. (ed.), *Gender, Sexuality and Colonial Modernities*, Londres: Routledge, pp. 67-79.

- Frank, K. 2002. *G-strings and Sympathy: Strip Clubs Regulars and Male Desire*. Durham: Duke University Press.
- Freidus, A. y N. Romero-Daza. 2009. El espacio entre: globalización, espacios liminales y relaciones personales en la Costa Rica rural. *Género, Lugar y Cultura* 16 (6): 683-702.
- Frohlick, S. 2007. Fluid Exchanges: The Negotiation of Intimacy between Tourist Women and Local Men in a Transnational Town in Caribbean Costa Rica. *City & Society* 19 (1): 139-168.
- Frohlick, S. 2009. Pathos del amor en Puerto Viejo, Costa Rica: Emoción, viaje y migración. *Mobilities* 4 (3): 389-405.
- Frohlick, S. 2010. ¿El sexo del turismo? Cuerpos bajo sospecha en el paraíso. En, Scott, J. y T. Selwyn (eds.), *Thinking through Tourism*, Oxford: Berg, pp. 51-70.
- Gregory, S. 2003. Men in Paradise: Sex Tourism and the Political Economy of Masculinity. En, Moore, D.S., J. Kosek y A. Pandian (eds.), *Race, Nature, and the Politics of Difference*, Durham: Duke University Press, pp. 323-355.
- Grewal, I. 1996. *Home and harem: nation, gender, empire, and the cultures of travel*. Durham: Duke University Press.
- Grenz, S. 2005. Intersecciones de sexo y poder en la investigación sobre la prostitución: Una investigadora entrevistando a clientes masculinos heterosexuales. *Signos* 30 (4): 2091-2113.
- Günther, A. 1998. Turismo sexual sin turistas sexuales. En, Opperman, M. (ed.), *Sex Tourism and Prostitution: Aspects of Leisure, Recreation, and Work*, Nueva York: Cognizant, pp. 71-80.
- Gutmann, M.C. 2007. *The Meanings of Macho: Being a Man in Mexico City*. Berkeley: University of California Press.
- Jeffreys, S. 2009. *The Industrial Vagina: The Political Economy of the Global Sex Trade*. Nueva York: Routledge.
- Kempadoo, K. 2004. *Sexing the Caribbean: Gender, Race, and Sexual Labor*. New York: Routledge.
- Kibicho, W. 2009. *Turismo sexual en África: Kenya's Booming Industry*. Farnham: Ashgate.
- Kincaid, J. 1988. *A Small Place*. New York: Farrar, Straus, Giroux.
- Law, L. 2000. *Sex Work in Southeast Asia: The place of desire in a time of AIDS*. London: Routledge.
- Lim, L.L. 1998. *The Sex Sector: Las bases económicas y sociales de la prostitución en el sudeste asiático*. Ginebra: Oficina Internacional del Trabajo.

- Lee, D. 1997. Interviewing Men: Vulnerabilidades y dilemas. *Women's Studies International Forum* 20 (4): 553-564.
- Leheny, D. 1995. A Political Economy of Asian Sex Tourism. *Annals of Tourism Research* 22 (2): 367-384.
- Leidner, R. 1999. Emotional Labor in Service Work. *Annals of the American Academy of Political and Social Science* 561: 81-95.
- Maksymowicz, K. 2010. *Masculinidades e intimidades: Performance and Negotiation in a Transnational Tourist Town in the Caribbean Costa Rica*. Tesis de maestría inédita. Universidad de Manitoba, Winnipeg, Canadá.
- McClintock, A. 1995. *Imperial Leather: Race, Gender and Sexuality in the Colonial Contest*. London: Routledge.
- McDowell, L., A. Batnitzky y S. Dyer. 2007. Division, Segmentation, and Interpellation: The Embodied Labors of Migrant Workers in a Greater London Hotel. *Economic Geography* 83 (1): 1-25.
- Melhuus, M. y K.A. Stolen, (eds.). 1997. *Machos, Amas, Madonnas: Contesting the Power of Latin American Gender Imagery*. London: Verso.
- Momsen, J.H. 1994. Turismo, género y desarrollo en el Caribe. En, Kinnaid, V. y D. Hall (eds.), *Tourism: A Gender Analysis*, Chichester: John Wiley, pp. 106-120.
- Mowforth, M., C. Charlton e I. Munt. 2008. *Turismo y responsabilidad: Perspectives from Latin America and the Caribbean*. London: Routledge.
- Mullings, B. 1999. Globalization, Tourism, and the International Sex Trade. En, Kempadoo, K (ed.), *Sun, Sex and Gold: Tourism and Sex Work in the Caribbean*, Boulder: Rowman and Littlefield, pp. 55-80.
- O'Connell Davidson, J. 1998. *Prostitution, Power and Freedom*. Cambridge: Polity.
- O'Connell Davidson, J. 2001. The Sex Tourist, The Expatriate, His Ex-Wife and Her 'Other': The Politics of Loss, Difference and Desire. *Sexualities* 41 (1): 5-24.
- O'Connell Davidson, J. y J. Sánchez Taylor. 2005. Travel and Taboo: Heterosexual Sex Tourism to the Caribbean. En, Bernstein, E. y L. Schaffner (eds.), *Regulating Sex: The Politics of Intimacy and Identity*, Nueva York: Routledge, pp. 83-99.
- O'Connell Davidson, J. y D. Layder. 1994. *Methods, Sex and Madness*. London: Routledge.
- Padilla, M.B. 2007. *La industria del placer en el Caribe: Turismo, sexualidad y sida en la República Dominicana*. Chicago: University of Chicago Press.

- Piscitelli, A. 2007. Shifting Boundaries: Sexo y dinero en el noreste de Brasil. *Sexualidades* 10 (4): 489-500.
- Razack, S. 2002. Gendered Violence and Spatialized Justice: The Murder of Pamela George. En Razack, S. (ed.), *Race, Space and the Law: Unmapping a White Settler Society*, Toronto: Between the Lines, pp. 121-156.
- Rivers-Moore, M. 2010a. El lugar del barranco gringo: espacio, género y nación en el turismo sexual. En, Hardy, K., S. Kingston y T. Sanders (eds.), *New Sociologies of Sex Work*, Farnham: Ashgate
- Rivers-Moore, M. 2010b. But the kids are okay: motherhood, consumption and sex work in neo-liberal Latin America. *British Journal of Sociology* 61 (4):716-736.
- Ryan, C. 2000. Turismo sexual: ¿paradigmas de confusión? En, Clift, S. y S. Carter (eds.), *Tourism and Sex: Culture, Commerce and Coercion*, Londres: Pinter, pp. 23-40.
- Sanders, T. 2008. *Paying for Pleasure: Men who Buy Sex*. Cullompton: Willan.
- Seabrook, J. 1996. *Travels in the Skin Trade: Tourism and the Sex Industry*. Londres: Pluto.
- Sheller, M. 2003. *Consuming the Caribbean: From Arawaks to Zombies*. Nueva York: Routledge.
- Tsing, A. 2005. *Fricción: Una etnografía de la conexión global*. Princeton: Princeton University Press.